Ya harta, Montse se levanta y va hacia la puerta, la cual abre con cautela. Atraviesa el jardín y llega hasta el portón principal, en donde se coloca justo al frente del hombre.

—Hola —dice con tono cordial.

—Hola —responde el chico, que no deja de escrutar la casa con sus ojos.

—¿Te podemos ayudar en algo?

El joven tarda en responder, y por primera vez mira hacia el costado. La luz tenue del alumbrado público ilumina el perfil de su rostro y Montserrat puede ver mejor las facciones del que antes daba una ilusión espectral, pero que ahora se revela como casi un "niño" de 18 o 19 años máximo. Él voltea hacia el frente de nuevo, aunque la mira a ella directamente.

—Esta era mi casa.

La mujer gira para ver brevemente hacia atrás, todavía dudando de si se halla inmersa en algún trance paranormal. Atisba la casa, su casa, y las figuras de su marido y sus amigos, cómicamente apretujados en la ventana, observando la interacción desde una distancia segura.

—Vale, pues creo que ha habido una confusión —responde finalmente. —Pasa que esta casa la he construido yo y pues, no ha vivido nadie más. A lo mejor te has confundido, estas calles son muy oscuras…

—No, señora —le interrumpe el chico— lo que es este terreno es donde estaba nuestra casa, o sea, digamos antes de que mi papá lo vendiera ¿Me entiende?

Montserrat entiende, claro, aunque se siente aporreada por el tono de voz del chico, quien habla como si alguien le hubiera dicho que nunca debía demostrarle miedo a nada ni a nadie en la vida. Ella no recuerda haber visto ninguna construcción cuando la agente de bienes raíces le mostró la propiedad por primera vez. No, entonces era solo un lote aplanado junto al peñón que tanto le había llamado la atención aquel martes de Semana Santa, durante la primera y única cita que concertó con la agencia. No necesitó más. El chico nota la duda en la cara de la señora, y apresuradamente saca una fotografía del estuche de su guitarra. Dando dos pasos al frente se la entrega a Montserrat, quien con mucho interés la toma en sus manos. En ella se ve una casa humilde pero hermosa, claro que era hermosa, con muchas plantas acomodadas en macetas por todo el corredor. Casi le da lástima saber que aquella vivienda no existe más. Un hombre y una mujer posan para la cámara con desenfado, mientras algunos niños juegan al lado del peñón, cuyo lote hoy en día tiene un gran rótulo que reza "FOR SALE" junto a la cara de un agente de bienes raíces con sonrisa forzada.

—¿Este eres tú? —dice Monserrat señalando a uno de los niños descalzos de la foto. El chico asiente de forma mecánica.

—Te reconocí casi de inmediato… Oye ¿Tienes hambre?